

La Noche de los Lápices

La Plata - Argentina

16 de setiembre de 1976

Tienen entre 16 y 18 años, con la ternura de la infancia en el rostro y la utopía de la adolescencia en el alma. Con los típicos delantales blancos reclaman el boleto escolar, suprimido por el gobierno militar. Creen que su demanda es justa, especialmente para los chicos pobres. Viven en La Plata y los fines de semana ayudan en las villas miseria.

En esa madrugada son arrancados de sus casas por los hombres del general Camps, jefe de policía, en su plan perverso de eliminar cientos de adolescentes "subversivos".

Pablo Díaz, secuestrado el 21, sobrevive al horror y tiene fuerzas para contar lo vivido en el campo clandestino "Pozo de Banfield", donde permanece cuatro meses con sus compañeros y otros secuestrados. "Estar desaparecido -dice- es recibir picana eléctrica en todo el cuerpo, que nos arranquen las uñas, estar quince días a sólo pan y agua, con una soga al cuello, las manos esposadas, los ojos vendados, los cabellos crecidos, sin bañarse. Las chicas manoseadas y violadas cada noche."

Durante el Juicio a las Juntas, ante la prensa o para la película "La Noche de los Lápices", Pablo reconstruye cada minuto: las ansias de vivir, la certeza de la libertad, las canciones para animarse, la fe militante de María Clara, que invita a rezar en la Nochebuena. Después, el silencio de la desaparición y sus rostros convertidos en bandera de justicia al declararse el 16 de setiembre "Día del Estudiante Secundario".

LA NOCHE DEBAJO “EL DIA”.

En la mañana del viernes 17, Pablo repasó las páginas del diario El Día, por segunda vez y ya escasas esperanzas. Sobre la suerte de los chicos, nada. En primera plana, a cinco columnas, la declaración inicial del Consejo Federal de Educación reunido en Tucumán: "El Estado está inserto en un orden cristiano y debe proteger la esencia de la nacionalidad, las instituciones, la paz, el orden, los símbolos nacionales, la moral y la integridad de la familia". De acuerdo a las noticias que había recopilado durante el día anterior, no correspondía al Estado extender esa protección a sus compañeros.

Tenía sólo treinta minutos el día 16. Rosa Matera se acomodaba al sueño leve de sus setenta y ocho años, cuando escuchó los primeros golpes en la puerta, a poco sobre los muebles heredados de sus padres, los pasos duros en el living y las voces extrañas. Encontró fuerzas para salir de su dormitorio y gritó con las entrañas porque sus pulmones estaban enfermos, para impedir que los seis o siete hombres maltrataran a María Clara y a Claudia. La empujaron con las armas hasta su cama, pero se repuso y volvió el escuchar el interrogatorio, las cabezas gachas de las chicas, vendas en sus ojos. Entonces la encerraron y ataron el picaporte. Las frases le llegaron a trozos. Luego, el silencio. Se arrastró hasta la ventana y vio a Claudia y a María Clara forzadas a subir a un camión del Ejército. El living había quedado desierto. Sólo unas láminas y el collage inconcluso sobre la mesa. Apenas llegaron al departamento del sexto piso de la calle 56 N° 586, el doctor Falcone y Nelva Méndez, avisados por el conserje, Rosa se desmayó.

El almirante Rojas había celebrado en el Luna Park otro aniversario de su golpe contra Perón. Más adelante, la página de espectáculos. No era habitual insertar allí noticias sobre detenciones de estudiantes, pero quiso asegurarse. David Niven, en Tigres de papel y Vittorio Gassman en Nos habíamos amado tanto brillaban desde la nómina de sus películas.

En otra ocasión se hubiera detenido a considerar cuándo las vería, le gustaban los filmes románticos. Al costado, la reposición de Yo tengo fe, de Palito Ortega, el programa de televisión y los horarios de las funciones.

Las dos y treinta y cinco. El grupo encapuchado irrumpió en el N° 2539 de la calle 73: "¡Ejército Argentino, entreguen las armas". Se abalanzaron sobre Ignacio Javier de Acha y Olga Koifmann que estaban acostados y los empujaron hacia la pared de la cocina: "Los libros, ¿dónde están los libros y las armas"? "No tenemos armas, y los únicos libros son los de los chicos, de la escuela"; balbuceó Olga.

El pequeño Pablo había quedado hipnotizado por el cañón de una de una de las armas. "Por favor, tengan cuidado, está recién operado del corazón, tiene sólo tres años.

"Señora, no complique las cosas", advirtió uno de los encapuchados. "¿Quién es esta?". Preguntaban por Sonia, de 11 años. "¿Y éste que hace?". "Es Claudio, va al bachillerato, al Colegio Nacional", contestó Ignacio de Acha. "Bien debemos llevarlo por razones de seguridad del Ejército".

Olga, vio cómo lo arrastraban en ropa interior por el pasillo, gritó que lo dejaran alcanzarle un pentalón y lo besó y acarició apenas.

Eran las cinco de la mañana cuando los De Acha atravesaron Plaza Italia, y se detuvieron un segundo para abrazarse y llorar.

¿Qué hacer? Después de lo de la madrugada del 16, sentía miedo de ir al colegio y también de quedarse en su casa. En un momento, se le había ocurrido preguntar por los chicos en las comisarías pero inmediatamente se asustó de sus atrevimientos. El impulso de acudir a su padre aumentó su inquietud, y lo descartó.

Al anochecer fue a la estación de servicio donde trabajaba uno de sus amigos del barrio, en 13 y 520. Que lo ayudara a pensar cómo sobrevolar esos días hasta que la tormenta amainase.

Las cuatro y cuarenta. Calle 116 N° 542. Olga Fermán de Ungaro pidió tiempo para vestirse a los ocho hombres del Ejército que querían entrar, y se desesperó hasta el cuarto de Daniel y Horacio para avisarles. Los chicos tuvieron tiempo de

desprenderse del "arma" que escondían debajo de la almohada: el libro de Pulitzer voló por la ventana. Prisionera en la cocina, Olga escuchó el interrogatorio y los golpes. Horacio y Daniel repetían que no sabían nombres, que no conocían a las personas por las que preguntaban los encapuchados. Le dijeron: "Los llevamos para Interrogarlos. Más tarde se los devolveremos, señora". Y escuchó cómo los arrastraban desnudos por las escaleras. Cada escalón le desgarraba el pecho, desde el quinto piso baste la planta baja.

Se les ocurrió que la misma estación de servicio podía servir de escondite. Juntos la revisaron de arriba abajo, pero pronto se desanimaron. No había huecos en las paredes, la oficina era de vidrio transparente y el foso para coches demasiado peligroso. Tomaron mate por un largo rato, hasta que una idea salvadera les despejó la angustia. ¿Quién sospecharía que dentro de una expendedora de hielo Rolito estaría durmiendo un hombre?.

Pablo tendió la frazada sobre el colchón de diarios, dentro de la expendedora para automovilistas. Acostado, acarició la idea de que estuviera en servicio. Podría copiar a aquellos famosos de Hollywood que pagaban montañas de dólares para ser congelados y revivir luego de años de vida latente. El sólo necesitaba que pasaran esos días.

Ese domingo 19, desde el suplemento de El Día, Horangel vaticinaba: "El país tiene un porvenir muy destacado en 1977 (...) y entra como un balazo en 1980" Pablo no hubiera percibido la trágica literalidad de "como un balazo", porque la muerte en la adolescencia, es ajena. De otra manera, hubiera sentido el tiempo suspenderse y un muro delante de su historia. Sabemos ahora que no leyó la predicción, preocupado por lo que haría al Día siguiente.

Las cinco de la madrugada. Después de rajar a culatazos la puerta del N° 2123 de la calle 17, los seis hombres uniformados con ropa de fajina del Ejército, sólo dos a cara descubierta, le exigieron a gritos a Irma Muntaner de López que los llevara hasta sus hijos. Los precedió encañonada, por el pasillo lateral de la casa. Cinco autos grandes en la puerta y hombres parapetrados en los tejados. Supo qué buscaban sin precisiones cuando entraron el almacén donde dormían Panchito y Víctor.

“¿Dónde están las armas?”, preguntaron. Panchito negó que las tuvieran, pero insistieron: él debía tener asignada una. El grupo que se había desplazado para revisar el resto de la cesa regresó frustrado: ni armas ni volantes. Como machacaban con la acusación de armas escondidas, Panchito les señaló el ropero que compartía con su hermano. Encontraron un rifle de aire comprimido, viejo y partido en dos, y una pistola de aire comprimido, pero nueva. “¿Nos estás cargando?”, gritaron furiosos. “Nos lo tenemos que llevar señora. Cuando conteste lo que queremos saberr se lo devolvemos”. Panchito se atrevió: “Es que yo nosé nada”. “Entonces, pibe”, amenazó uno de ellos, “atenete a las consecuencias”

Irma les rogó que lo dejaron vestirse. Vio cómo sacaban un pullóver y un pantalón azul del ropero. Trató de seguirlos pero la amenazaron con una ametralladora. Apenas desaparecieron corrió a la casa de Luis, su hijo mayor, que era quien más la preocupaba. A Panchito ya se lo devolverían.

¿Cuánto tiempo resistiría sin actividades con la angustia del futuro, visitando sobresaltado a su gente? En la tarde del 20 regresó a su casa y habló con su padre sobre su actividad estudiantil y el secuestro de los chicos. El profesor opinó que nada grave podía pasarle, que permaneciera en casa, que después de todo él no había cometido ningún delito. No logró tranquilizarse.

Hizo una ronda por las casas de sus amigos y terminó cenando en la de Juan Diego Reales. Comió cómo nunca.
-Mirá, bromeó con Diego, Creo que de esta noche no paso así que prefiero estar con la panza llena.

A las cuatro, la primavera se interrumpió armada en el N° 435 de la calle 10. Daniel Díaz se asomó por la ventana de la planta alta respondiendo a los culatazos sobre el portón de entrada.

- Dejá, le gritó Pablo, me vienen a buscar a mí. Bajaba la escalera en ese momento subiéndose los pantalones.

Los ocho hombres con pasamontañas cubriéndoles la cara vestían ropas diversas algunos bombachas del Ejército. Lo empujaron al suelo y le apoyaron una pistola en la nuca, mientras obligaban al resto de su familia a tirarse a su lado. Lo intimaron a entregar lo que tenía escondido.

- No entiendo, yo no escondo nada, respondió.

Los escuchó identificarse como Ejército Argentino. "Después me dijeron qué habían robado, que se habían llevado un bolso de mi hermana, una cámara fotográfica, unas joyas de mi madre". Al living entró el hombre que daba las órdenes, lamentándose de que en la casa no había nada especial. "Un señor de cuarenta y cinco años, canoso, que posteriormente por fotos yo puedo reconocer como el comisario Vides".

Lo arrastraron hasta la puerta y lo tiraron dentro de uno de los cuatro coches, sobre alguien que ya estaba boca abajo, encapuchado.

Imaginó a los vecinos cerrando sus ventanas y dejándolo solo cuando los secuestradores gritaron: "¡ Bajen las persianas o tiramos ! ", y esa representación ahondó su miedo. "¿ A dónde nos llevan ? ", balbuceó, y recibió un culatazo seco en la espalda.

Cerca de media hora más tarde y una travesía por la ciudad frenaron frente a un portón. "Me mostraron después un croquis y creo reconocer que era Arana. Se decía campo de concentración Arana".

Pablo era el último de los marcados. La jaula de la Noche de los Lápices se había completado. Estaba frío y amanecía.

Martes 21, Día del Estudiante.

LOS PERROS

Gritó como nunca por el pasillo largo mientras lo arrastraban a la pieza mugrienta donde se fundían en un hedor único la perversidad y la carne chamuscada. Otra vez los hombres sobre él. El aliento contenido, la picana perforándole la piel, los músculos, la boca siempre abierta y el dolor en oleadas - No te vas a meter más, pendejo. Ya vas a ver. Y una descarga. Abría y cerraba las manos para que pararan, pero no había nombres. Lo giraban en el catre, arriba, abajo... Olor a mierda. Abría las manos pero no había nombres.

-¿Así que querés jugar, hijo de puta?

Otra descarga.

Como un bramido, escuchó: "Traéme la pinza". Y sintió un tirón brutal en un pie que su grito no pudo cubrir.

-¡Me quiero morir. Me quiero morir ¡ ¡ Por favor, basta, basta.! Y sus alaridos se resolvieron en sollozos. Por favor... ¡ mátenme!.

Se despertó en el calabozo, ensangrentado, y palpó el vacío de su uña arrancada. La vida y la muerte, el delirio y el tormento se mezclaban como una pesadilla.

Al tercer día se enteró sobre otros detenidos. "Por los nombres pude escuchar que ahí estaban Víctor Treviño, Walter Docters, Néstor Eduardo Silva y su novia, a quien decían "la negrita", y José María Schunk, que le decían "Carozo". Había una chica que le decían "la paraguaya", que ellos se jactaban porque había muerto allí. Se jactaban, digo, porque decían: "Se murió, tirala a los perros. Se te murió a vos, dijo uno, enterrará". Pienso que la llevaron al mismo lugar donde me torturaban a mí y ella gritaba. Después vino ése que dijo: "tirala a los perros".

Fue esa noche, o la siguiente, que vino un sacerdote a ajustarle los nudos de la venda y a decirle que se confesara porque lo iban a fusilar.

-No, padre, que no me maten. Por favor, avise a mi casa, dígales dónde estoy.

-No te hagas el tonto, confesate. ¿En qué andabas?

-Sólo en lo del boleto escolar, en el centro de estudiantes... en serio, por favor, padre.

-No te preocupes, te mandamos a un lugar donde vas a estar mejor que acá.

Lo sacó del calabozo y lo arrastró hacia un muro. Quedó temblando de espaldas al paredón. No estaba solo, había un grupo de chicas que gritaban: "¡Mamá, mamá, me van a matar! ¡Mamá!". Una voz de hombre que repetía: "¡Viva la Patria! ¡Vivan los Montoneros!".

Sonaron las descargas. ¿De dónde le brotaba la sangre? Lentamente fue recuperando su cuerpo: el pecho, la cabeza, el vientre. No había sangre, no estaba muerto.

El terror había congelado los gemidos. Hasta que una voz quebró el silencio.

-Se cagaron, ¿eh? Esta vez se salvaron... Y a vos, ¿te gusta gritar Montoneros?, ahora te vamos a hacer gritar, hijo de puta.

"Habían pasado, yo calculo, cinco o seis días. Podían haber sido siete, no sé muy bien, pero yo había entrado el 21 de septiembre".

Una noche lo trasladaron. Para entonces ya sabía que el lugar que dejaba era Arana la División Cuatreroismo de la Policía de la Provincia de Buenos Aires, en 137 y 640, dependiente de la Comisaría 51 de La Plata. También, que uno de los jefes era un tal subcomisario Nogara.

Referencia

Revista Crisis - Junio 1986 - por María Seoane Héctor Ruiz Núñez

"La Noche de los Lápices"

Una página negra en la historia argentina de la segunda mitad del siglo XX, se recuerda cada 16 de septiembre, desde los hechos ocurridos en 1976 en la ciudad de La Plata (Capital de la provincia de Buenos Aires y ciudad eminentemente estudiantil).

Es conocido con el nombre de "La Noche de los Lápices", el episodio de dolor de los sucesos de esa noche cruenta en que siete jóvenes dejaron sus vidas en la defensa de los reclamos por sus derechos de estudiantes secundarios (el reclamo de un boleto estudiantil que dio la excusa a quienes - haciendo abuso de poder- olvidaron los derechos del ser humano y cercenaron la vida de un grupo de jóvenes que luchaban por la reivindicación de sus derechos).

En ciertas etapas nefastas de la vida nacional, el contexto histórico y político aniquila a quienes alzan su voz, y hay hechos que no se deben olvidar para evitar que se repitan.

Aunque los avatares de nuestras democracias conlleven grandes problemas económico-sociales, no debemos dejar de valorar y recordar nuestros derechos y garantías constitucionales, defender la educación pública y gratuita; pues a un pueblo educado y culto es más difícil dominarlo, quitarle su dignidad.

A la par de los Derechos y Garantías Constitucionales existen Deberes y Obligaciones que se deben respetar y cumplir, valorando la libertad que permite gozarlos a unos y cumplir con los otros.

Para que la muerte de vidas jóvenes caídas en la defensa de sus derechos, tenga un significado, es importante que se continúe siempre con la defensa de la formación de ciudadanos cultos, instruidos; es fundamental la capacidad de pensar, de discernir críticamente sobre sus propias razones, de escuchar otras posiciones y la de buscar formas de consenso que permitan la convivencia con justicia, con tolerancia, con solidaridad y con respeto.

"Son Deberes de un Pueblo defender sus Derechos".

En la madrugada de ese día, entre las 12:30 y las 5 hs fueron secuestrados de los domicilios donde dormían los estudiantes secundarios y militantes de la UES: Claudia Falcone, María Clara Ciocchini, Claudio de Acha, Daniel Racero, Horacio Ungaro y Francisco López Muntaner. Hoy continúan desaparecidos.

Claudio de Acha, 17 años

Fecha de Nacimiento: 21 de septiembre de 1958, en el barrio Los Plátanos, cerca de la ciudad de La Plata.

Colegio: Colegio Nacional.

María Claudia Falcone, 16 años

Fecha de Nacimiento: 16 de Agosto de 1960, en la ciudad de La Plata.

Colegio: Bellas Artes.

Horacio Ungaro, 17 años

Fecha de Nacimiento: 12 de mayo de 1959. Vivía en Gonnet.

Colegio: Escuela Normal N°3

Daniel Alberto Racero, 18 años

Fecha de Nacimiento: 28 de Julio de 1958

Colegio: Escuela Normal N° 3

María Clara Ciocchini, 18 años

Fecha de Nacimiento: 21 de abril de 1958. Vivía en La Plata.

Francisco López Muntaner, 16 años

Fecha de Nacimiento: 7 de Septiembre de 1960

Colegio: Bellas Artes

La represión ilegal

La dictadura de 1976 completó y profundizó el esquema de persecución y exterminio que comenzara sistemáticamente con la Triple A, liderada por Lopez Rega.

Distribución de desaparecidos según profesión u ocupación

Obreros.....	30,0%
Estudiantes.....	21,0%
Empleados.....	17,8%
Profesionales.....	10,7%
Docentes.....	5,7%
Conscriptos y personal subalterno de las Fuerzas de Seguridad.....	2,5%
Amas de casa.....	3,8%
Autónomos y varios.....	5,0%
Periodistas.....	1,6%
Actores y artistas.....	1,3%
Religiosos.....	0,3%

(Informe de la Conadep, Nunca Mas, Eudeba, 1984)

El almanaque mostraba el transcurso de la década del 70. De guardapolvo y en pleno secundario, grupos de jóvenes militaban en centros de estudiantes de colegios ubicados al sur de la Capital Federal, en territorio de la provincia de Buenos Aires. En sus vidas latía el sueño de cambiar el mundo por otro más justo.

En la primavera de 1975 reclamaron por el boleto estudiantil. Organizados, marcharon al Ministerio de Obras Públicas para forzar la medida. Chocaron con la policía. Hubo heridos y la satisfacción, días más tarde, de haber logrado el objetivo.

Se vivían tiempos difíciles en la Argentina, y en los sectores influyentes se sabía que el golpe era inminente. El 24 de marzo de 1976 una junta militar derrocó a Isabel Perón ante una sociedad mayormente pasiva que en principio dio su apoyo.

En esas zonas del conurbano bonaerense, los jóvenes se daban cuenta de que los tiempos habían virado definitivamente hacia la represión ilegal. En sus casas se lo decían, se escuchaban en los pasillos las advertencias que unos se daban a otros. A pesar de ello, en los centros de estudiantes, intentaron seguir con las actividades, escondidos.

Del 16 al 19 de septiembre de 1976 se llevaron a cabo operativos contra el movimiento estudiantil. Francisco López Muntaner, María Claudia Falcone, Claudio de Acha, Horacio Ángel Ungaro, Daniel Alberto Racero, María Clara Ciocchini, Pablo Díaz, Patricia Miranda y Emilce Moler fueron raptados de sus hogares por Grupos de Tareas. Todos los chicos hacían política en la Unión de Estudiantes Secundarios (UES) –vinculada a la agrupación guerrillera peronista Montoneros-, menos Díaz, quien militaba en la Juventud Guevarista (JG). Salvo Emilce Moler, Patricia Miranda y Pablo Díaz, el resto no ha vuelto a sus casas. Quienes armaron los secuestros, las torturas y las desapariciones, bautizaron el episodio como “La Noche de los Lápices”.

Desde los pibes alemanes a la noche de los lápices

Por Osvaldo Bayer

Etchecolatz empezó a sentirse mal, estaba en su casa y sintió dolor de cabeza y dijo que era un perseguido político. Sinvergüenzadas argentinas. El peor de los asesinos estaba en su casa y se hace el perseguido. “Político”, nada menos. El verdugo más cobarde de nuestra historia se autodenomina político. La política del tiro en la nuca. Lleva siempre la escarapela argentina en la solapa. Azul y blanco. Trasfondo de nuestra filosofía social. Los asesinos están entre nosotros. Es el autor de la acción más alevosa imaginable. La prisión, tortura, muerte y desaparición de los adolescentes de la Noche de los Lápices. De adolescentes. Y lo que todavía no se ha dicho: los militares y uniformados argentinos les ganaron a los nazis. En una acción muy parecida, los argentinos mostramos mucho más poder, autoridad, la más absoluta ilegalidad en la represión.

En febrero de 1943, en plena guerra, un núcleo de estudiantes alemanes de la ciudad de Munich editó volantes contra la guerra. Su moral no les permitía soportar más eso de matarse unos a otros, bombardear ciudades asesinando madres y chicos, con la destrucción absoluta de la vida. Esos volantes los arrojaban desde los pisos de arriba al patio de la universidad. Fueron observados por el portero que los denunció de inmediato. Los estudiantes – cinco varones y una chica– recién comenzados los veinte años, fueron sometidos a un juicio, encontrados culpables de traición a la patria y guillotinado al tercer día. Todo salió en los diarios, después fueron ejecutados otros estudiantes y también el profesor Huber, quien los había apoyado. Sus bellas cabezas cayeron rodando en un tacho. Habían leído demasiada poesía, habían leído el sufrimiento en los ojos de los demás y en sus propios ojos. La guerra, no podían ni querían seguir siendo bestias. Sus cabezas fueron separadas de sus cuerpos. Pero los nazis oficializaron

todo y publicaron todo, hasta el nombre del juez y del verdugo. El juez Roland Freisler quien posteriormente condenó a la horca a los rebeldes del 20 de julio. Todos con su responsabilidad en el crimen.

En La Plata ocurrió algo muy similar. Pero los héroes de la resistencia civil argentina eran más jóvenes, apenas adolescentes. Habían luchado por la rebaja del boleto estudiantil. Para que los que vivían lejos pagaran igual que los que vivían cerca. Justicia, camaradería, solidaridad, la bella palabra. Se reunían y cantaban por la calle: “Luchar, luchar, por el boleto popular”, “Eso, eso, eso, boleto de un peso”. Cuando llegó la dictadura pasaron a ser sospechosos. Activistas. Terroristas. Fueron secuestrados por la policía comandada por un general de la Nación, el general Camps, un enfermo mental que aplicó con un entusiasmo total las reglas de la muerte argentina: secuestro, robo de las pertenencias, humillación, tortura hasta la aniquilación, hambre, y por fin desaparición. Cada vez peor, cada vez mejor. Destruir al ser humano integralmente. Aplastarlo como a un insecto. Y total silencio ante los familiares y amigos. Desaparecido. No están ni vivos ni muertos, están desaparecidos, como se expresó ante los periodistas extranjeros el señor presidente de la Nación Argentina, teniente general Jorge Rafael Videla. Etchecolatz, Camps, Videla. Figuras de exposición en una muestra argentina que comienza con Roca. Es toda una línea. Lo que pasa es que los mapuches son chilenos. Ahí está la clave. Es decir, los militares argentinos se quedaron en la sombra, no admitieron nunca el crimen. Hasta hoy, Etchecolatz nunca lo reconoció. No sé, desaparecieron. Se habrán ido a Suecia. No, no me enteré.

En su libro, de precisión jurídica, María Seoane y Héctor Ruiz Núñez establecen que seis jóvenes prisioneras embarazadas fueron arrojadas a los calabozos de los muchachos de La Noche de los Lápices para que éstos las atendieran sin tener elementos ni conocimientos. Aquí sí los argentinos les ganamos a los nazis. Los prisioneros alemanes de Munich, tras seis días de calabozo alimentados con una ración mínima, fueron llevados a la guillotina y ahí ejecutados. Aquí, entre nosotros, fue todo más florido: picana, látigo, hambre, escupitajos, manoseo y violación para María Claudia y Clara, todo mezclado con desconocidas embarazadas humilladas hasta el hartazgo. Es que

somos católicos apostólicos romanos. Los representantes de la Iglesia Católica en La Plata les dijeron a los desesperados padres: “No busquen más a sus hijos”. “Recen”. Monseñor Plaza.

Sophie Scholl, la joven mujer alemana de “La rosa blanca” –ese bello nombre tenía la organización antinazi de Munich– puebla hoy con su foto todos los rincones universitarios sensibles a su lucha y a su joven muerte.

Poco a poco los jóvenes rostros de los queridos María Chiocchini, María Claudia Falcone, Francisco López Muntaner, Claudio de Acha, Horacio Angel Ungaro, Daniel Racero y Pablo Alejandro Díaz van surgiendo del horizonte estudiantil y aparecen uno por uno en las aulas de los ámbitos secundarios. La semana pasada me llamaron para hablar de ellos en el patio del Colegio Nacional Pueyrredón. Más que mis palabras se oyeron los aplausos de las manos jóvenes. Hubo lágrimas. Emoción. Dolor. Pensaron en las muertes. De sus compañeros. Desaparecidos. Ese mismo día Etchecolatz se consideró un preso político.

La pregunta es: ¿por qué tanta brutalidad, tanta impunidad? ¿Cuáles fueron los maestros y profesores de nuestros militares y policías? Hoy, salvo los que se jubilaron, siguen siendo los mismos docentes en los colegios militares y policiales. ¿Dónde asimiló Camps el instinto de hacer desaparecer? ¿Dónde aprendió Etchecolatz tanta impunidad y crueldad? Y la cobardía de negar que lo hicieron. ¿La aprendieron o les viene de familia? ¿Buscaron esa profesión porque les calmaba los instintos? La pregunta no es porque sí, viene de estudios que se hicieron sobre los nazis famosos y sus instintos desde la vida familiar.

Los crímenes nazis estaban documentados por ellos mismos. Aquí hasta Videla los niega. Un aspecto del cinismo y la mendacidad que debemos tener en cuenta para medir la personalidad de quienes establecieron la “Muerte argentina”, la desaparición. Hasta la Inquisición de la Iglesia Católica quemaba vivas a sus víctimas en plazas públicas y con la presencia de la Cruz. Nuestros verdugos escondieron todo. Esa es su máxima cobardía. Que los dos partidos políticos argentinos siempre reinantes trataron de disimular con las palabras “obediencia debida” y el batacazo del

indulto. Pero no es tan fácil esconder la basura debajo de la alfombra. Están los alucinados del coraje, que jamás abandonan la escoba, a pesar de las ametralladoras y las picanas eléctricas.

Estudiantes Secundarios (Informe de la CONADEP)

La familia Roman, de origen costarricense, residía desde hacía largo tiempo en la ciudad de Córdoba. Claudio Luis Roman Méndez (Legajo N° 7615), tenía 16 años y cursaba el cuarto año en el Colegio Secundario Manuel Belgrano, de la ciudad de Córdoba. Era representante de su curso, elegido por sus compañeros.

A las 3 de la madrugada del día 27 de julio de 1976, 10 hombres amenazaron con tirar la puerta de su domicilio si no se les abría. Al pedirseles que se identificaran, mostraron su armamento, diciendo: «esta es nuestra identificación". Se lo llevaron a Claudio Luis. «No se preocupe, señora, que a su hijo no le va a pasar nada. Dentro de tres o cuatro días estara de vuelta».

Fue largo y penoso el camino para encontrar a Claudio. El 13 de agosto, los periódicos matutinos de Córdoba dan cuenta de un comunicado del Ejército donde se informa que Claudio Luis Roman, junto con otro joven había muerto en un enfrentamiento con las fuerzas del Ejército.

Recién el 14 de agosto de 1976 después de largos trámites entregan el cuerpo de Claudio en la morgue del Hospital de Córdoba. Allí sus padres «pidieron a los encargados que se les permitiera ver el cadáver para reconocerlo, pero les respondieron que debían esperar un poco para darles tiempo a acomodar los innumerables cuerpos de jóvenes que yacían apilados en el suelo por falta de lugar. De uno de esos montones sacaron el cuerpo de Claudio, aconsejándoles que trataran en lo posible de no verlo. El cuadro que allí se presentó era desgarrador: no había parte del cuerpo que no estuviera lacerada. El muchacho presentaba horribles muestras de torturas que prácticamente lo habían destrozado».

La noche del 16 de setiembre de 1976 es tristemente recordada, en La Plata, como la «Noche de los lápices».

Esa noche fueron secuestrados por Fuerzas de Seguridad de sus respectivos domicilios y continúan hasta hoy desaparecidos: Horacio Angel Ungaro (Legajo N° 4205), Daniel Alberto Rasero (Legajo N° 4205), Francisco López Muntaner (Legajo N° 5479), María Claudia Falcone (Legajo N° 2800), Victor Triviño (Legajo N° 4018), Claudio De Acha (Legajo N° 148), María Clara Ciocchini (Legajo N° 1178). Formaban parte de un grupo total de 16 jóvenes, entre 14 y 18 años de edad, que habían tomado parte de una campaña pro boleto escolar. Cada uno de ellos fue arrancado de sus hogares. La policía de la Pcia. de Bs. As. había dispuesto un operativo de escarmiento para los que habían participado de esta campaña pro boleto escolar, considerada por las FF.AA. como «subversión en las escuelas». Tres de los chicos secuestrados fueron liberados.

De acuerdo a las investigaciones realizadas por esta Comisión y testimonios obrantes en la misma, los adolescentes secuestrados habrían sido eliminados después de padecer tormentos en distintos centros clandestinos de detención, entre los que se encontraban: Arana, Pozo de Banfield, Pozo de Quilmes, Jefatura de Policía de la Provincia de Buenos Aires y las Comisarías 5a., 8a., y 9a. de La Plata y 3a. de Valentín Alsina, en Lanús, y el Polígono de Tiro de la Jefatura de la Provincia de Buenos Aires.

Según testimonio de Pablo Díaz (Legajo N° 4018), pudo ver aún con vida el día 22 de septiembre de 1976 a Victor Treviño en el Centro Clandestino de Detención Arana y a María Claudia Falcone la vio por última vez; después de compartir con ella varios meses de cautiverio, el día 28 de diciembre del mismo año en Banfield. También vio en este mismo centro a Claudio De Acha, a un joven apodado «Colorado», todos ellos estudiantes secundarios

vinculados entre sí, como asimismo a numerosas personas, entre ellas a tres mujeres embarazadas que dieron a luz en el lugar.

En Bahía Blanca también hubo grupos de estudiantes secundarios secuestrados. Alicia Mabel Partnoy, en su testimonio (Legajo N° 2266) nos cuenta al respecto:

«Cuando llegué a "La Escuelita" (Centro clandestino de detención), había alrededor de una docena de jóvenes de 17 años, todos alumnos de la Escuela Nacional de Educación Técnica N° I de Bahía Blanca. Habían sido secuestrados de sus domicilios en presencia de sus padres, en la segunda mitad de diciembre de 1976. Algunos llegaron a estar ahí por un mes, siendo duramente golpeados y obligados a permanecer tirados en el piso con las manos atadas en la espalda. Por lo menos dos de ellos fueron torturados con picana eléctrica. Posteriormente fueron liberados. El motivo de sus secuestros fue un incidente que habían tenido con un profesor (militar de la marina). Al finalizar las clases, había un clima de alegría en la escuela; el citado profesor los apercibió por el bullicio y los alumnos no se sometieron a sus órdenes. Por ese motivo, los expulsó de la escuela. Los padres de los alumnos elevaron protestas a las autoridades militares y pidieron la reincorporación de los estudiantes. Las autoridades les "advirtieron" que finalizaran con sus pedidos "o se arrepentirían". Días más tarde, grupos de encapuchados fuertemente armados irrumpieron en los domicilios de los estudiantes, secuestrándolos».

